

ARQUITECTURA Y SOCIEDAD

Francisco Lesta*

Dedicado al arquitecto Mario Martí
por sus acertados aportes en tantas
gratas conversaciones.

Introducción.

En este período que se ha iniciado con el ejercicio de la democracia, se está viviendo en El Salvador la posguerra y con ello todas las vicisitudes que un proceso de tal magnitud implica: readecuación de los ciudadanos a las nuevas circunstancias políticas económicas de tiempos de paz después de tantos años de guerra; y lucha contra las secuelas del conflicto: desigualdad social, hambre, hacinamiento, frustración, delincuencia. Igualmente se debe vivir y quizá por largo tiempo en el ambiente provocado por un programa económico neoliberal por una parte, y por la otra —en franca contradicción con aquél— en la esperanza de los sectores progresistas por una sociedad justa, que seguramente no pretende opulencia ni siquiera riqueza pero sí dignidad humana— y que para ello se ve obligada en muchos casos a demandarla enérgicamente. Muchas desigualdades que fueron en los tiempos de la preguerra dadas como instituciones —el analfabetismo, la prepotencia patronal, el oscurantismo religioso, el dolor y el nepotismo, la opresión brutal a la mujer y el asesinato del insumiso, todas y más injusticias acalladas con discursos grandilocuentes de políticos y militares desaprensivos, fueron, a no dudarlo, causas de la ira popular y de la guerra que tantas y tantas vidas costó.

* Profesor del Departamento de Arquitectura de la UCA.

Peligros y responsabilidades

Es responsabilidad de los profesionales que se dedican a las Ciencias Humanísticas (aquí llamadas Ciencias del Hombre) colaborar en todo momento y con todos sus conocimientos a la reconstrucción del país que, como todos, tiene derecho a la vida. Las consecuencias más peligrosas de la teoría neoliberal y del postmodernismo se reflejan en la impunidad de los capitanes del capital en el proceso hoy llamado de globalización. Habiendo destruido un mundo socialista —el cual, a no dudarlo, estaba enfermo de gerontocracia, contribuyendo con ello al derrumbe de un esfuerzo de más de un siglo por la construcción de un sistema de gobierno acorde a los sentimientos de dignidad del ser humano — habiendo, pues, el capitalismo aniquilado todo impulso de un socialismo humano, y acorralado los últimos países, como Cuba, a la más elemental supervivencia, se dispone ahora a hacernos aceptar procesos de programación colectiva que ya han empezado y que terminarán por robarnos el poco de autoestima y autodeterminación que nos va quedando como pueblos. En el entendido que el universitario debe proseguir la lucha según sus medios específicos, es que nos proponemos presentar a la discusión las siguientes líneas.

¿Qué es arquitectura?

El arquitecto considera que la arquitectura forma parte del conjunto de las Ciencias Humanísticas. No sólo por construir edificios y ciudades, sino por preocuparse del buen desarrollo del hábitat. En tal sentido, se aúna a variadas disciplinas dentro del marco de una interpretación científica del universo creado por el hombre en la realización de ese su hábitat. La acepción popular define al arquitecto como el organizador de una idea muy difusa de la obra que un posible cliente va a encarar; la cual será realizada en muchos casos por otros individuos más prácticos: ingenieros, constructores, albañiles, herreros, fontaneros, etc., etc.. La acepción administrativa ve el arquitecto como un tecnócrata, capaz de establecer parámetros muy precisos de utilización de medios dispuestos para la realización de una obra pública. Los inversionistas lo ven como un mago, especialista en sacarle al espacio un máximo de rendimiento del capital a invertir. Cada una de esas acepciones es real y, sin embargo, el todo, como siempre, es algo más. Preocu-

pado por conocer sin pretender que el arquitecto es depositario de la universalidad del conocimiento, invitaría, por ello, al amable lector a que me acompañe en las reflexiones que siguen.

La sociedad siempre ha necesitado obras de arquitectura. Los que las han encargado disponían de medios y de autoridad para hacerlas realizar. Desde las fabulosas obras megalíticas hasta el último y modernísimo artefacto urbano, siempre ha habido un gestor de la obra: el arquitecto, llámese como se llame, sea graduado o no, tenga conocimientos académicos o prácticos, sea culto o basto, clérigo o seglar, vernáculo o doctorado. Es importante indicar todas estas características pues en nuestro caso, Latinoamérica, ha habido mucho de los arquitectos anónimos, nada se sabe de los arquitectos indios amazónicos, por ejemplo. Y muchísimo ha sido construido por amas de casa campesinas, monjas, vivanderas, ingenieros, astrónomos o hasta poetas. Estas cuestiones no son tratadas por los arquitectos en las universidades, por lo general. Lo más común es atenerse a un curriculum bastante manido aunque bueno, de la arquitectura en Europa del Norte y en Norteamérica o Australia, etc..

Las últimas transformaciones del universo social y del hábitat en los cinco decenios precedentes han modificado profundamente el panorama anterior. No sólo son las tareas distintas, sino que los actores han cambiado de actitud. La política ha vuelto más agresivos a todos, el liberalismo y el neoliberalismo han ido derribando barreras morales y redefiniendo responsabilidades. Podríamos hablar de las necesidades de los capitanes del capital, bancos, edificios de oficinas, instalaciones de alta tecnología para laboratorios, etc., etc.. Eso sería hablar de la arquitectura para el poder. Pero creo que es más urgente hablar de la arquitectura para las masas.

La ciudad para las masas.

En ese sentido, podemos decir que, desde los '50, se dieron dos procesos paralelos en todo el mundo: se reconstruía Europa después de la segunda posguerra mundial y se preparaban las masas campesinas empobrecidas a asaltar masivamente las atra-yentes ciudades en el auge del desarrollo industrial y el aumento de la mano de obra en ese sector. Al crecer las demandas de espacio habitable —hábitat— en las ciudades, se iniciaban las discusiones y las reclamaciones populares, articuladas por partidos de iz-

quierda y populistas. Los gobiernos conservadores se vieron obligados a poner una barrera a tales pretensiones que amenazaron con derribarlos del poder y cuando no fueron capaces, a entregar ese poder a las opciones posibles en aquellas épocas, las dictaduras militares y/o la socialdemocracia. En los dos casos surgieron las políticas estatales y los programas para la planificación de ciudades. Esta es una larga historia que aquí sólo vamos a dar a grandes rasgos para Latinoamérica, dejando Europa con sus propios problemas. La planificación urbana fue responsabilidad del Estado; lo mismo el financiar los equipos para la realización de estudios y ejecución de obras.

Los gobiernos dictatoriales y/o populistas desarrollaron programas de vivienda popular, cuyo objetivo político era la cantidad de viviendas y no su diseño. Los programas consideraron a los usuarios como números y no como seres humanos. Esta política llevó a los resultados catastróficos que luego se detectarían¹: uno, la inhumanidad de los proyectos de vivienda masiva y, dos, de consuno con los especuladores, la extensión del desierto urbano a la campiña. Paralelamente, las masas campesinas, desocupadas y hambrientas ocupaban los bordes últimos de las manchas urbanas y se extendían por pantanales (favelas de Río, San Pablo, Santos en Brasil), desiertos (Lima, Perú), en fin, por todo el continente. Quienes primero habían dado la voz de alarma no fueron escuchados. Hasta que fue demasiado tarde.

Si bien hoy ya es demasiado tarde, es tarea actual de los arquitectos recapitular e iniciar una crítica de lo realizado para crear una nueva mentalidad frente a los fracasos y las exigencias de la población: la ciudad para las masas. Los espacios del hábitat humano, sean viviendas, barrios, ciudades, territorios, se desarrollan en formas que los sociólogos consideran no aptas para la vida humana. Estos diagnósticos insisten en la falta de cumplimiento de normas mínimas de la construcción y diseño, que son responsables del hacinamiento y falta de calidad del hábitat, etc. Muchos análisis han insistido sobre los aspectos no mensurables de la arquitectura, que inciden en el comportamiento de los individuos y de los grupos, a su vez difícilmente mensurables. Por ejemplo, control y autocontrol social frente al peligro. Los arquitectos no reaccionan lo suficientemente rápido frente a las proposiciones de los sociólo-

gos ambientales o reaccionan con medidas posteriores, la más de las veces tecnificadas: guardias, alarmas, rejas.

Oficina versus participación

La burocracia, el paternalismo y la tecnocracia son los defectos básicos de los proyectos diseñados por las oficinas estatales o patrocinados por ellas para la confección de planes urbanos. Tanto en la fase de diseño como en el control del uso de las viviendas es incomprensible la pretensión que tuvieron en esa época los tecnócratas de poder resolver por sí solos los difíciles y complejos problemas del hábitat popular. Es posible que aún lo crean, pero la reacción de los ocupantes de esas viviendas se hace sentir: el aumento de la inseguridad y de la delincuencia juvenil en las enormes masas de viviendas colectivas en todo el mundo —incluidos Europa y los EEUU— son un resultado directo de la deshumanización de esos proyectos. Este es un problema, cuya solución que sólo puede ser encarado desde dos puntos de vista: uno, el de las/los usuarias/os, en la formación de juntas de vecinas/os para la discusión de sus problemas y el fortalecimiento de la autoconciencia, lo que actualmente se llama *participación*; y dos, la intervención de los profesionales especializados en la vida colectiva, antropólogos, sociólogos, sicólogos, frente a las oficinas estatales para exigir nuevos programas de vivienda y la revisión de los reglamentos de uso de los existentes. Un ejemplo notorio es la prohibición de colgar ropa en los balcones de los edificios multiplanta, en viviendas que no dispone del espacio necesario a esa actividad, prohibición inadecuada basada seguramente en el supuesto mal aspecto que presenta la ropa tendida. La sicología se ha preocupado más de la arquitectura como disciplina de cultura colectiva al analizar en el conjunto de la necesidad y la ficción, las relaciones entre espacio y vida. Un ejemplo lo significa la falta de control que la madre tiene de dos hijos por no poder verlos mientras realiza sus tareas, solución que sí se da en la casa con patio interior o común a varias viviendas.

Arquitectura, arte e intelecto

El distanciamiento de la arquitectura de las ciencias estéticas conduce a una simplificación del problema de la arquitectura al considerarla de dos formas bastante elementales: una, sólo como

satisfactora de necesidades conectadas con la realidad más inmediata: tantos metros cuadrados por persona en una vivienda tipificada hasta el hastío. Y dos, la prostitución y banalización casi delictiva en los edificios aparentemente destinados al descanso y/o esparcimiento público: las cadenas de restaurantes o juegos infantiles, juveniles y de adultos: la cadena de emporios con sus proyectos de marca, correspondientes a la alienación de las masas. La simplificación de la metáfora: cow-boy = hamburguesa.² Los arquitectos que han procurado realizar una integración de arquitectura y arte con una metáfora cultural (indigenismo, lucha popular) han sido llamados al orden pues esas cosas son caras y no sirven para mucho. Entendiendo el arte en arquitectura como sublimación cursi del mensaje comercial (el logo del *Banco Cuscatlán*, un pegote final), se obvian los valores semánticos de la naturaleza en la ciudad, ejemplo clásico, la belleza de los andenes de la ciudad de San Pablo en Brasil con su movimiento de franjas blancas y negras acompañando en rítmico paso al peatón. Y se insiste sobre el *monumento*.

Por otra parte, se condena al *graffiti*, culpable de ensuciar la ciudad, a ser eliminado sistemáticamente. Por fortuna resurge. Dirigentes políticos de izquierda lo consideran bueno como agitador, pero tienen serias dudas de su valor estético. Así como es difícil eliminar las secuelas del terror político, no es fácil desprenderse de la dependencia cultural: no se trata de los valores burgueses que tanto ha condenado la *intelligentsia* de izquierda, ojalá lo fuera, guiarse por la fantasía de una Frida Kahlo, un Marc Chagall, un Braque, un Tapies o una Silvina Ocampo.³ Están las masas populares condenadas a la estética de Pizzas Hut. Es importante: es que esos mensajes cursis contienen el factor sorpresa, la ternura lacrimosa y la facilidad de la metáfora, Batman, Dinosaurios. Son satisfactores emocionales, necesarios en una existencia coercitiva. Sin duda corresponde pensar mucho sobre esas imágenes. Posiblemente no podamos aspirar a tener nuestros Campos Elíseos, pero tampoco hay derecho a que nos arrojen la basura de los suburbios norteamericanos.

Posiblemente el aspecto más descuidado en la relación de la arquitectura con la vida real haya sido el de su carácter de disciplina intelectual. Y es que, por un efecto del subdesarrollo y de la dependencia cultural, nos resulta muy difícil articular en los diseños arquitectónicos los aspectos culturales y los técnicos o tecnológi-

cos. Temerosos de perder un ritmo de crecimiento para llegar a niveles económicos nacionales que nos permitan el acceso a los clubs de naciones desarrolladas, estamos cometiendo algunos errores graves.

Por ejemplo, en lo que se refiere a la estructura urbana, estamos echando la basura en nuestro propio patio y desarticulando una vida urbana que, otrora, aunque azarosa, poseía bastante cohesión social. Un ejemplo lo ofrece un estudio de la ciudad de Medellín: "el barrio tiene hoy en día la mayor vitalidad como referente espacial y cultural". (1992).⁴ En las ciudades cubanas, en especial en La Habana, el lugar donde se vive no es determinante de la capacidad y características del individuo. Es más, en La Habana Vieja, donde el deterioro de las viviendas y de la infraestructura es muy acentuado, vive un alto número de intelectuales en condiciones precarias sin que eso afecte sus actividades más de lo que hace a cualquier otro habitante del barrio. En términos antropológicos, el lugar —y no necesariamente su estandard— es un determinante significativo para la calidad de vida. El umbral de la necesidad de hábitat se mide por componentes de diversa índole y no es indiferente el prestigio del barrio donde se vive: La Habana Vieja es el lugar histórico por excelencia de la ciudad y por ello, vale la pena sufrir privaciones para vivir en ella. Como dice el arquitecto Mario Coyula,⁵ *"las opciones deben ser la norma de la planificación y acompañadas de un proceso de educación colectiva a cargo de los que se sientan responsables para ello y consigan ser escuchados por sus vecinos"*. Estos son términos difícilmente aceptables por una sociedad cosificada, con soluciones basadas en módulos comercializados. Pero no imposible de ubicar en barriadas populares, donde hay tradiciones y vínculos que resultan más fuertes que un atractivo económico. Cosa que podemos ver en dos ejemplos de la calidad de vida social en Caracas, los inmensos monobloques anónimos de vivienda social del dictador Pérez Giménez (1950-60) y las viviendas autoconstruidas y altamente cohesionadas en los barrios tugurizados (analizados por Teolinda Bolívar).

La crítica del arte ha subsumido la crítica de la arquitectura según las tendencias de aquélla. Históricamente no hay una crítica de la arquitectura surgida de conceptos más específicos que relacionen el individuo en tanto "el ser" ("Das Sein", en alemán) y su entorno. Existen estudios señeros como los de Worringer y Assunto, sobre la morfología y la ideología, clásicos de principios de este

siglo. Seguidos de todos los estudios de la semántica.⁶ Supongo que el aporte necesario está en la unión de los conceptos que relacionan al individuo con su obra. ¿Qué queremos saber? Desde los primeros utopistas, el hombre ha buscado el cuadro ideal, el PLAN, del cual habla Umberto Eco en el *Péndulo de Foucault*. Las Utopías de todos los tiempos, la renacentista y la sansimoniana, la eclesíastica y la comunista, la metabolista y la ecologista, buscan el modelo ideal. Por otra parte, tomando al individuo como un universo dentro del más grande que es la sociedad, los planes de asentamientos humanos más imaginativos han sido al mismo tiempo los más prácticos: el *kraal* africano, la *kasbah* magrebina, el hábitat de los *pueblos*, los espacios colectivos amazónicos, etc. La *ciudad colonial*, sencilla y adecuada a sus fines, no pretendía ser museal; era, es histórica en tanto que vivía y vive, según la autorizada opinión de la historiadora mexicana Flora Salazar, como todo organismo urbano. Cuando la sociedad se transformó súbitamente, la ciudad colonial no pudo seguir el ritmo y sucumbió, y así será siempre. Simultáneamente buscamos y destruimos identidad.

¿Con quién trabajar?

Se supone que el arquitecto está formado en disciplinas previas de situaciones: la planificación —ya sea de una vivienda o del ordenamiento de un territorio— busca una solución. El arquitecto está obligado a pensar, a visualizar para poder realizar su obra. Pero no lo sabe todo, ni mucho menos, y a veces se equivoca mucho —de hecho, la historia está llena de ese tipo de errores— sobre cuál es la posible solución a un problema urbano socialmente complejo. En los últimos decenios se ha avanzado bastante en la consideración metodológica de estos temas. Sin embargo, falta aún la unificación de elementos de estudio: estadísticas, escalas, formas de ver la realidad, tanto la de acción como la física, objetual, territorial. Formas de relacionar conocimiento ganados, por ejemplo ergonomía y espacio, moral y espacio, líbido y espacio, autoridad y espacio, etc.. Las ciencias humanas (del hombre y de la mujer) se van diversificando más y más en ese sentido, como consecuencia de la descripción de hechos en espacios. Por ejemplo, la espacialidad de la vivienda mientras la madre amamanta a la criatura. Por ejemplo, el desasosiego de un empleado por falta de satisfacción de necesidades muy personales en

determinados momentos, que conducen a la sublimación de la frustración en actitudes poco convenientes, etc..

Por otra parte, la forma en que el individuo anónimo, la masa silenciosa, considera inevitable las plagas sociales del entorno y el medio ambiente apunta a una indiferencia de la misma sociedad para identificar el origen de algunas de esas plagas en problemas que tienen que ver con el espacio público: por ejemplo, la utilización de aceras para congestionarlas con toda clase de objetos no es sólo un problema económico, sino que se refiere a la cultura colectiva. Si es posible aumentar el nivel cultural de una persona enseñándole el comportamiento y el uso adecuado de los espacios en la vivienda, se debe hacer igualmente en el espacio público. Para ello, es necesario definir éste como algo más que un mero espacio funcional. Desde que el legendario Henri Lefebvre en *La Revolution Urbaine* nos demanda introducir metodología en el estudio de la ciudad (considerando al "fenómeno urbano como mensaje") se ha avanzado en el proceso de identificación: hablar hoy de barrio en Montevideo, por ejemplo significa referirse a las tomas de los conventillos, a la individualización del ser barrial, multifacético en sus virtudes como en sus defectos. Se niega a seguir siendo un guarismo en un programa de vivienda social tecnocratizada para pasar a ser un actor con plenos derechos en el conjunto ciudadano; con ello le sale, además, al encuentro a toda esta tendencia de desaliento colectivo de frases de almanaque que equivalen a escamotear oportunidades de educación popular (alfabetización, enseñanza de oficios, arte, tareas domésticas), primeros auxilios y de verdadero progreso social.

Surgen preguntas sobre la participación. La ciudad, hasta en sus problemas más simples, ha dejado de ser la obra de un grupo reducido de actores para convertirse en un arduo entretrejer de diferentes problemas y soluciones. ¿Qué se supone que sabe hacer el arquitecto en ese sentido novísimo de la ciudad actual? Mucho se ha realizado y avanzado en diferentes países. En Rotterdam, por ejemplo, hay una oficina financiada por la Alcaldía pero autónoma, que funge como abogada, frente a la Alcaldía, de los usuarios en los barrios pobres en proceso de rehabilitación. Es el ejercicio bien entendido de la democracia. La función de dicha oficina se ejerce en tanto mediadora para encontrar soluciones, y no como freno bu-

La necesidad de pensar la ciudad (colaje del autor).



rocrático. Los Angeles ha encontrado una solución para la contaminación del aire por los vehículos automotores, Curitiba, para la basura, hay ciudades en las que se ha rediseñado el ritmo y los lugares de trabajo para evitar el desplazamiento de los habitantes y evitar gastos onerosos y contaminación del aire. En esta ciudad de San Salvador y en otras, están las calles cerradas al tránsito automotor el fin de semana para esparcimiento público. Administración, ONGs, empresarios, profesionales deben participar. Y alguien debe conducir, para encontrar soluciones. No es necesario ni mucho menos que sean arquitectos. La ciudad de Medellín ha publicado *Gestión, Planeación y participación en Colombia: Reflexiones críticas*. Para el Plan de Investigación hay integradas cinco ciudades, Medellín, Santafé de Bogotá, Barranquilla, Cali y Popayán. Trabaja un equipo de investigación constituido por dos arquitectos y un economista en la dirección académica y un grupo de 11 investigadores: historiadores, antropólogos, economistas, arquitectos, comunicadores, artistas, licenciadas; 4 auxiliares de investigación: estudiantes, pobladores; 9 personas en apoyo documental y logístico: bibliotecarias, etc..

Estos temas —y seguramente muchos más— son responsabilidad de los profesionales que de un modo y otro están encargados de formar nuestras ciudades. Nadie puede discutir problemas arquitectónicos sin expresar parte de las opiniones, esperanzas o decepciones sentidas al ver las obras de arquitectura o al vivir la ciudad. Los temas tratados en la prensa diaria son muy pocos y muy limitados en su temática. A veces hay en ella acertados artículos que hablan de patrimonio arquitectónico (Ingrid Olivo) o diseño (Mario Martí), pero son pocos, lamentablemente. Los más recogen inquietudes populares frente a falencias sociales y políticas más que evidentes. Se trata de que no prolonguemos demasiado la discusión de cuestiones importantes sin conocimientos adecuados. Si vamos a querer arquitectos capaces de proyectar obras a satisfacción de sus comitentes —grupos, empresarios, alcaldías— deberíamos sugerir que dichos comitentes conozcan qué clase de profesional se va encargar de sus pedidos, para lo cual es necesario que manejen información básica. O sea, que lean. La prensa diaria y periódica son elementos de comunicación más pormenorizada que la televisión.

Mi propuesta es que cada una de las disciplinas que he mencio-

nado en este artículo se unan para ayudar a crear un debate público, periodístico para definir el nuevo rol (¿o los roles?) de las/los arquitectas/os que necesita un país como El Salvador. Estoy convencido que habría proposiciones interesantes. Para ello, estas modestas reflexiones. Propongo que las pensemos juntos, poco a poco. Sin poseer el rigor científico que exige este tema, propongo un listado de asuntos a considerar:

La arquitectura como:

- A) **Disciplina ideológica:**
 - i) del poder; y
 - ii) de las masas

- B) **Disciplina práctica:**
 - i) Cogestora del desarrollo del ser humano.
 - ii) Artífice para necesidades a satisfacer.
 - iii) Agente importante del sector trabajo.
 - iv) Medio importante en la generación de valores.

- C) **Disciplina intelectual:**
 - i) Coparticipe del moldeo psicológico del individuo social.
 - ii) Cogestora de la construcción del universo formal.

- D) **Disciplina colectiva:**
 - i) de la conformación de la dupla necesidad y ficción:
 - i.a) necesidad y realidad,
 - i.b) ficción y metáfora.

Notas:

1. Castells, Lojkin, Turner, Hardoy, Lungo, Pradilla, Teolinda Bolívar, etc., etc..
2. Denise Scott-Brown y Robert Venturi.
3. Frida Kahlo (mexicana), Marc Chagall (ruso), Braque (francés), Tapies (español), Silvina Ocampo (argentina, escritora).
4. Ver más adelante Investigación de Medellín.
5. Ex decano de la Facultad de arquitectura de La Habana, ex director del Plan Urbano de la Ciudad y actualmente subdirector del Grupo para el Desarrollo Integral de la Ciudad de La Habana, un prestigioso instituto que estudia la problemática de la calidad de vida en la ciudad.
6. (Roland Barthes, Umberto Eco, el imprescindible Habermas: *Moderne und postmoderne Architektur* (1982), Baudrillard, Tafuri, etc.)